# CACOFEMIA Y EUFEMIA

*VIDAL ALBA DE DIEGO*

Universidad Complutense de Madrid

Contando por anticipado con su benevolencia, quiero proponerles el título de «Cacofemia y eufemia». El motivo del cambio está, no tanto en la influencia que haya tenido sobre esta decisión la magnífica conferencia con que ayer nos deleitó la profesora C. Nord como el considerar que esta denominación se ajusta más al contenido de la exposición que a continuación voy a hace y, por consiguiente, a las ideas que sobre estos aspectos tengo. Ideas, justo es confesarlo, aún un tanto vacilantes, dada la complejidad que presenta esta parcela de la cultura y la lengua.

Por otro lado, me permito hacer dos observaciones más. La primera se refiere a la simplificación y reduccionismo, quizá exagerado, con que presento este tema, dada la limitación de tiempo del que se dispone en este tipo de comunicaciones. La segunda sin que sea, en mi opinión, contradictoria con la anterior, atañe a las observaciones de carácter general que hago. Al no ser yo un profesional de la traducción, mis limitaciones para hacer una aplicación concreta a otras lenguas es evidente. Estoy seguro que colegas más especializados que yo, solucionarán este problema en ulteriores intervenciones.

Para entrar directamente en materia, y haciendo un regate al escaso tiempo al que antes aludía, partiré del título de un famoso libro de S. Freud: *Totem y tabú.*

El «totem», mantengamos esta palabra o elijan la que ustedes consideren más apropiada, es el símbolo, sea cual fuere la naturaleza que quiera dársele hoy día, mediante el cual el grupo social se reconoce y expresa su unidad. El totemismo es un fenómeno universal en la sociedad humana, también en la actual, cuya presencia se manifiesta en formas diferentes en todas las culturas. Y entre él y la sociedad, las personas que la componen, se establece una rela-



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Vidal ALBA DE DIEGO. Cacofemia y eufemia

Centro Virtual Cervantes

ción *ritual*. Relación cuya finalidad es mantener viva la solidaridad del grupo. Su objeto primario es mantener el orden social. Pero todo el orden, por su propia naturaleza, lleva consigo una serie de limitaciones y prohibiciones que afectan de manera fundamental al comportamiento lingüístico de los miembros de cualquier comunidad. Esto es así porque, desde tal perspectiva lingüística, sólo se prohibe lo que se puede nombrar.

Estas limitaciones y prohibiciones son, pues, objeto de «tabú» (palabra, como ustedes saben de orígen polinésico, incorporada a nuestro vocabulario habitual a partir del siglo XVIII, gracias al capitán inglés Cook).

Pues bien, el «tabú» es, simplemente, el mecanismo de defensa que los grupos sociales tienen para preservar el orden. Trata de clasificar las cosas, de organizar lo real, de poner un poco de orden en el mundo, de protegerse de deseos imposibles o, al menos, desestabilizadores.

Al hundir sus raíces en el temor, en cualquiera de sus manifestaciones —temor a lo sagrado, a lo consagrado, a lo impuro, etc.— el tabú lingüístico, que es el que aquí nos interesa, trata de poner el veto a determinadas palabras que pueden nombrar lo inefable. La explicación que suele darse está fundada en el *poder mágico* de la palabra. Se concibe la palabra como íntimamente ligada al objeto que designa. Por consiguiente, se ignora el nexo arbitrario entre lenguaje y realidad. Desde esta concepción el mapa es el territorio y no sólo la representación del mismo.

Muchos autores y estudiosos del tema han expresado su opinión de que esta característica es propia de una mentalidad primitiva. Yo no estoy seguro de que esto sea totalmente cierto y de que el valor social asignado a una palabra sea simplemente una cuestión de convención. Estoy relativamente convencido de que las limitaciones sociales impuestas por el tabú lingüístico tienen pendiente aún una seria investigación sociolingüística. De todos modos, el comportamiento verbal que manifestamos todavía los hablantes de la sociedad actual ante determinadas parcelas de la vida me hace sospechar que puede haber palabras que *son* cosas, aunque lord Byron, según su propia confesión, no las hubiera encontrado aún en su época.

Volvamos a nuestra reflexión. Hemos dicho anteriormente que el «tabú» comporta una prohibición más o menos explícita socialmente y más o menos interiorizada individualmente. Ahora bien, toda prohibición esta expuesta a ser violada. Despierta un deseo de transgresión. Y así asistimos a esta doble tensión que se manifiesta en la lengua a través de los procesos de cacofemia y eufemia. Procesos paralelos, con múltiples afinidades, aunque con manifestaciones opuestas.

La *cacofemia* («hablar mal») se enfrenta con escasa timidez a la realidad designada. Nombra desvelando. Es un esfuerzo de subversión del lenguaje.

El proceso cacofémico o de abuso verbal (hay autores que diferencian, no sin razón, estos dos términos) comprende todo lo que es ordinario, obsceno, indecente, vulgar, inmoral, impúdico, inconveniente, irrespetuos e irreverente. Es el dominio de la incontinencia verbal, donde se muestra el «músculo», el



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Vidal ALBA DE DIEGO. Cacofemia y eufemia
Centro Virtual Cervantes

deseo explícito de contrarrestar las inhibiciones impuestas por el «tabú». Es, en definitiva, un mundo de violencia, de expresividad y catarsis a través del lenguaje.

Dentro de este vasto dominio tomemos brevemente, como ejemplo, los insultos.

Insultar, según su propia etimología no es otra cosa que «saltar» contra el objeto de nuestra invectiva. Es el ataque de un sujeto contra un objeto que le produce rabia, disgusto, enfado, malhumor, aversión, ira, etc. El insulto trata de desvalorizar al contrario, de definirle de una manera que no es la apropiada, de golpearle con la palabra. En nuestra lengua, tan extensa y variada en formas y expresiones ofensivas y denigratorias, quiero destacar aquí solamente cuatro insultos que son todo un compendio de sociología pese a los múltiples matices que pueden adquirir en situaciones determinadas. Me refiero a los vocablos «hijo de puta», «cabrón», «maricón» y «gilipollas». Con ellos se intenta injuriar a la madre, poner en duda la fidelidad de la mujer, negar la virilidad del contrario y descalificar totalmente al insultado. El recurso empleado trata de acentuar, a través de determinados rasgos de significado, el aspecto vergonzoso, sucio, malsonante del vocablo y potenciar de este modo las connotaciones negativas. Se convierte así en un elemento activo y creador.

Sin extendernos mucho más en este ámbito, creo oportuno subrayar que el proceso de cacofemia permite que los mecanismos de alivio y descarga funcionen adecuadamente, incluso que se reconozca su función social según las circunstancias.

Voy a traer a colación nuestra famosa palabra de cuatro letras (*four letter words*) como gusta decir a los ingleses. Como ya la habrán adivinado, no tengo inconveniente en hacerla pública. Me refiero a la palabra «coño». La traigo aquí para cerrar esta primera parte de mi exposición, recordándoles el ya histórico y bochornoso asalto de Tejero al Congreso de los Diputados el 23 de febrero de 1981. Aquel «coño» que todos pudimos oír a través de la televisión, era perfecto y exacto de acuerdo con la situación. Era un acto de violencia y autoridad en consonancia con la acción que se proponía: romper el orden constitucional establecido. Sustituyan ustedes ahora este vocablo por expresiones como «cállense, por favor» o «cállense, se lo ruego», incluso «cállense, corcho» y se comprobará que toda la efectividad que en aquel momento se pretendía, se hubiera venido definitivamente abajo.

El otro procedimiento al que aludíamos al comienzo de esta exposición es el de *eufemia* («hablar bien»). Ahora se ponen en juego una serie de mecanismos de evasión y alusión a través del lenguaje. Este procedimiento trata de neutralizar lo censurable, rompiendo la motivación del signo lingüístico o, al menos, desviándola de su meta. Se suspenden o se intenta suspender los semas o rasgos de contenido desagradables o peligrosos. Es su lugar se emplean palabras, expresiones o construcciones que nombran sin nombrar, que aluden u ocultan. Mediante este proceso lingüístico se evitan algunos vocablos o se sustituyen por otros reales o ficticios. En realidad, se alude al mismo concepto que



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Vidal ALBA DE DIEGO. Cacofemia y eufemia

Centro Virtual Cervantes

tiene la palabra censurada sustituyendo su significante por otro que evoque connotaciones positivas (o menos negativas) o neutras.

Anteriormente señalábamos que la palabra que es tabú, es subversiva, tiene la capacidad de turbar, de desestabilizar, de generar angustia, de contaminar. De ahí su sutitución, deformación o silencio. El grupo social, de esta manera, se encuentra cómodo en la seguridad que da *el parecer* y *el decir*, dejando a un lado *el ser* y *el pensar*.

Por consiguiente, la eufemia es un trabajo de formalización a nivel social. A través de ella se produce un efecto de camuflaje y, frecuentemente, de manipulación. En realidad, todo sustituto eufemístico, producto de la eufemia, modifica el aspecto material de las palabras vitandas, sin alterar radicalmente su contenido. Con el uso de este lenguaje domesticado se desea o intenta evitar una manifestación excesiva de lo peligroso. Invita, en último término, a la cordura, a la mesura y al control.

El muestrario, válido también para la cacofemia, de recursos puestos en marcha para evitar la palabra, objeto de interdicción, es variado. Recursos que pueden reducirse a dos grandes grupos: a nivel formal y a nivel de contenido.

Al primero pertenecen todos aquéllos que afectan al aspecto fonético de la palabra mediante la alteración de algunas letras o sílabas: «corcho», «córcholis», «coñe», «coña», etc. (por «coño»); «jolín(es)», «jobar», «joroba», «jo», etc. (por «joder»); «caray», «caramba», «caracoles», «canastos», «canarios», etc. (por «carajo»); «diez», «sos», etc. (por «Dios»); «liendre», «leñe», «lechuga», etc. (por «leche»). La sigla tampoco es ajena a estos modos de actuación lingüística: «no tener ni p(uta) i(dea)», «este tío es un h(ijo) p(uta)».

También, dentro de este primer grupo, encontramos recursos que pertenecen a los dominios de la morfología y de la sintaxis: *la sexualidad* (por *el sexo*) (caso de derivación); «culito», «comunistilla», «rojillo» (uso del diminutivo atenuante); «esa chica es una...», «ese tipo es un...», «la madre que te...», «el/la muy...» son claros casos de suspensión u omisión dentro de la estructura de la frase.

En el segundo grupo, a nivel de contenido, es donde más numerosos son los recursos de eufemia: «asistenta social» (símil por «puta»), «dar tierra» (metonimia por «morir»), «señorita» (antífrasis por «puta»), «no ser muy inteligente» (lítote por «tonto»), «residencia de ancianos o residencia para la tercera edad» (perífrasis por «asilo»), «saluda a tu padre cuando dés con él» (frase por «hijo de puta»), «tener la cosa» o «estar con la cosa» (término genérico por «menstruación»). Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el cansancio.

Los campos de aplicación de los *usos* eufemísticos son también numerosos. Van desde lo religioso hasta lo político y social, pasando por la sexualidad, la enfermedad, la muerte, las taras psíquicas, la bebida, los golpes y la escatología.

No obstante lo dicho, las prohibiciones lingüísticas tienen mayor relatividad histórica y social que las palabras cacofémicas. Varían de una sociedad a otra. Incluso, dentro de una misma sociedad, varían de una clase social a otra. Y aún más, en un mismo individuo pueden darse diferentes usos, condiciona-



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Vidal ALBA DE DIEGO. Cacofemia y eufemia
Centro Virtual Cervantes

dos por todos los componentes que intervienen en la realización del acto de comunicación.

No sé si el eufemismo, como ha dicho un autor, persistirá porque «mentir es condición necesaria para hacer la vida tolerable». De lo que sí estoy convencido es de que seguirán usándose y creándose siempre que el hombre desconozca o tema algo.

Para terminar definitivamente estas breves reflexiones en voz alta, digamos que, tanto en el proceso eufemístico como en el cacofémico, entra en juego una dialéctica entre lo público y lo privado.

La palabra «gruesa» pública es el reino del ruido, la privada es el hogar del murmullo; el eufemismo, el paraíso del doble sentido, y el tabú, el universo del silencio.



II ENCUENTROS COMPLUTENSES. Vidal ALBA DE DIEGO. Cacofemia y eufemia

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes